

**Sobre el final disilábico
del pentámetro latino clásico**

E. Sánchez Salor

Los poetas elegíacos griegos no impusieron particulares restricciones en el final de palabra del pentámetro. Los primeros ejemplos de la elegía latina muestran esa misma característica. Y esta libertad es todavía compartida, a primera vista, por Catulo, en cuyos pentámetros la palabra final es regularmente de una longitud de dos o más sílabas. Tal sucede en los siguientes pentámetros consecutivos del *carmen* 64:

progenies Thiae clara supervehitur,
cum Medi peperere novum mare, cumque iuventus
per medium classi barbara navit Athon.
Quid facient crines, cum ferro talia cedant?
Iuppiter, ut Chalybon omne genus pereat
et qui principio sub terra quaerere venas
institit ac ferri stringere duritiem. (44 ss.)

donde encontramos pentámetros con palabras finales de 5, 2, 3 y 4 sílabas respectivamente. Catulo presenta incluso ejemplos de final monosilábico:

Aut facere, haec a te dictaque factaque sunt (7 ,8)

y uno de siete sílabas:

Audit falsiparens Amphitryoniades (68,112)

No obstante en Catulo los 2/5 de sus pentámetros terminan con palabras disilábicas. Esta proporción, como es sabido, aumenta con la elegía augústea.

La edad augústea coincide con el gran aumento de la producción elegíaca, que alcanza su perfección técnica en Ovidio. El desarrollo de la técnica del pentámetro desde la tantas veces acusada imperfección de Catulo se debe principalmente a Propercio y a Tibulo y probablemente a la obra perdida de Galo.

Ahora bien, los primeros poemas de Propercio presentan unos finales de pentámetro tan variados como lo eran los de Catulo; tal sucede en los primeros cuatro pentámetros del primer poema del Libro I:

Cynthia prima suis miserum me cepit ocellis,
contactum nullis ante cupidinibus.
Tum mihi constantis deiecit lumina fastus

et caput impositis pressit Amor pedibus,
donec me docuit castas odisse puellas
improbis, et nullo vivere consilio.
Et mihi iam toto furor hic non deficit anno,
cum tamen adversos cogor habere deos (1-8)

donde aparecen pentámetros con palabras finales de 5, 3, 4 y 2 sílabas respectivamente. En el resto del poema predominan, sin embargo, los finales disilábicos: de los 15 pentámetros restantes, 11 terminan en disílabo, 3 en cuadrísilabo y 1 en trisílabo. De hecho Propertio presenta una clara tendencia ya al final disilábico: el 60% de los pentámetros del libro I ofrecen esta terminación. Esta tendencia rápidamente se convierte en regla en Propertio en las últimas composiciones; una regla que tendrá pocas excepciones: en el libro IV, por ejemplo, de 476 pentámetros solamente 8 no tienen final disilábico, lo cual hace un insignificante 1'68% del total (1). Por lo demás, de esos 8, 7 se encuentran en las cinco primeras elegías, mientras que en las seis últimas sólo aparece un final distinto al de la norma, **sat est**.

Tibulo, que escribe casi al mismo tiempo que Propertio, muestra una más fuerte preferencia por el final disilábico, que tiene lugar en más del 90% de sus pentámetros. Difiere de Propertio en su insignificante preferencia por la terminación trisilábica (tipo **pedibus**), por encima de otros tipos irregulares. Esta final no era común en Propertio y es particularmente evitado en sus últimos libros (2), de la misma forma que lo evitará Ovidio.

Con Ovidio, la terminación disilábica está totalmente establecida y es observada con extrema rigidez. Rarísimos ejemplos se encuentran con finales de 4 ó 5 sílabas. La terminación en 3 sílabas es especialmente evitada: seis ejemplos como máximo pueden encontrarse en toda la obra del poeta. Por lo demás, casi todas las terminaciones irregulares se encuentran en los últimos poemas de Ovidio (**Tristia y Pontica**). El **Ars Amandi** no presenta excepciones a la regla del final disilábico en sus 1165 pentámetros y los **Fasti** sólo dos excepciones en los 2.500 pentámetros.

Hasta aquí los hechos, que con mucha frecuencia han sido interpretados de la siguiente forma: a medida que va pasando el tiempo se va perfeccionando su técnica, que llega a la más alta regularidad en Ovidio; como consecuencia de ello, en más de una ocasión, se ha interpretado el fenómeno en el sentido de que el pentámetro de Catulo era más imperfecto que el de Ovidio, no sólo por el final de verso sino también por la mayor frecuencia de elisiones en cesura. Robinson Ellis, en la Introducción a su Comentario sobre Catulo (3), comenzaba el tema con estas palabras: «If we examine the metrical peculiarities of these elegies, we shall find their defects to lie mainly in the too exclusive imitation of Greek models». Postgate, en su Introducción a unas elegías selectas de Propertio (4) hacía también una referencia a lo que él llamaba «carelessnes» de Catulo con relación al final del pentámetro, terminando por describir el pentáme-

tro catuliano como «still semi-barbarus». Por su parte, en lo que se refiere al pentámetro de Ovidio, a veces ha sido considerado como una mera superuniformidad técnica de un virtuoso hiperelegante, tal como hace Axelson (5).

Creemos que no se debe despachar el asunto hablando de mayor o menor imperfección, sino que intervienen otros factores que después veremos.

Continuando con las opiniones sobre el fenómeno, con frecuencia lo único que se ha hecho ha sido señalarlo, aludiendo como máximo a una posible influencia griega. Así, por ejemplo, Crusius dice: «Verosímilmente se explica como imitación de un modelo griego el hecho de que la última palabra del pentámetro, sobre todo en Ovidio, suele ser un yambo. Una palabra monosílaba en fin de verso es muy rara» (6). Lo mismo hace, más o menos, Nougaret: «Les monosyllabes sont évités à la fin du vers comme à la fin du premier hémistiche. A l'imitation des Grecs, Catulle termine l'élegiaque par **pium**, LXXVI, 2, **homines**, LXXVI, 4, **excruties**, LVXXVI, 10, **amicitia**, LXXVII, 6, Tibulle, Properce (I, II, III), Martial, Rutilius, Ausone etc. fon de même; mais ils ont une préférence évidente pour les mots de deux syllabes. Seul Ovide n'admet de mots de plus de deux syllabes qu'une fois sur plus de 130 v. dans les **Tristes**, jamais dans Les **Amours**. Properce semble avoir adopté la même règle dans son livre IV, où on ne relè qu'un vers sur 130 terminé par un mot de plus de 2 syllabes» (7).

Dentro ya del eterno problema de la importancia que el acento latino tiene como elemento rítmico en la métrica latina, más de una vez se ha reconocido que esta tendencia al final disilábico ha de ser puesta en relación con la tendencia también a que coincidan los esquemas métricos cuantitativos y los esquemas acentuales. Así lo han hecho Sturtevant (8), Drexler (9) y otros. Allen concretamente (10) dice que ciertamente el final disilábico puede ser considerado como un efecto de la tendencia a asegurar que el resto del hemistiquio ofrezca coincidencia entre acento e **ictus**; **pero**, continúa diciendo, aún así permanece el problema del final disilábico, que no parece más apto para esa concordancia que otro cualquier tipo de palabra.

Es precisamente por este camino, la tendencia a hacer coincidir acento e **ictus**, por el que hay que buscar la justificación del final disilábico en el segundo hemistiquio del pentámetro. Y es por aquí por donde intentamos hacer alguna nueva aportación.

Ahora bien, creemos que el final disilábico y la concordancia de **ictus** y acento son fenómenos de realización, y no estructura métrica, y por tanto computables, a todos los efectos, desde el punto de vista estilístico y desde el punto de vista diacrónico, ya que al tratarse de elementos redundantes de una estructura, no pertinentes, puede que, desde este punto de vista diacrónico, se hagan cada vez más frecuentes en la realización. Que el fenómeno es computable desde el punto de vista estilístico no parece ofrecer dudas. Sobre ello nos extenderemos después. Recordemos ahora que, en Ca-

tulo, por ejemplo, la distribución de finales disilábicos y no disilábicos no está igualmente repartida en todos los poemas: hay considerable diferencia, según ha visto Duhigg (11) de unos poemas a otros; en el **carmen** 66 más de la mitad de los pentámetros terminan en cuadr sílabos, quizá por el carácter griego del poema, patente por lo demás en otras características métricas, tales como la ocurrencia de cuatro finales espondaicas y de tres pausas de sentido en la diéresis bucólica. En el poema 68, sin embargo, la mitad de los pentámetros muestran finales disilábicos. Ello hace pensar, no que Catulo fuese incapaz de realizar pentámetros perfectos, tal como esto se ha entendido a veces, sino que recurre a distintas realizaciones de la estructura métrica del pentámetro, realizaciones que entran ya dentro del estilo buscado y no de la norma. Lo mismo puede pensarse de los pentámetros de Ovidio en el exilio, que es donde se encuentra la mayoría de las terminaciones irregulares: quizá se trate sólo de una imperfección aparente o buscada por el propio poeta, que, unida al tono de los poemas, refleja las tristes circunstancias del exiliado.

El hecho de que el final de pentámetro en palabra disilábica pertenezca, no a la estructura métrica, sino a la realización, y de que posiblemente esté conexas con la importancia del acento como elemento rítmico, explicaría que ese final sea más frecuente en unos poetas que en otros, y, dentro del mismo poeta, en unas composiciones que en otras. Es sabido que una serie de elementos de la comunicación son, en rigor, redundantes (12), y que esa misma calidad cabe atribuir en muchas ocasiones a rasgos no pertinentes de la realización: no son los plenamente significativos, pero ayudan a éstos en la tarea de hacer comprender. Tal es, por ejemplo, en algunos casos la función del orden de palabras como indicio de orientación sintáctica. Pues bien, algo análogo puede ocurrir con el ritmo (13). Al lado de los elementos fundamentales, relevantes por sí, cabe que se den otros redundantes. El viejo problema de la importancia del acento en la versificación latina arcaica y clásica encuentra aquí su solución. El rasgo pertinente, esencial en todo metro latino, sería la cantidad silábica, es decir, la combinación de tiempos débiles y tiempos fuertes; el acento sería un rasgo redundante con valor rítmico sólo en realización, pero que a fuerza de aparecer en distintas realizaciones, terminaría, como es sabido, por ser rasgo pertinente en los tipos acentuativos de la métrica latina medieval y de parte de la románica.

Pues bien, la realización del pentámetro con final disilábico quizá se deba precisamente a la influencia de ese rasgo redundante, el acento como elemento rítmico que a medida que pasa el tiempo ocurre con más frecuencia en la realización de algunos metros latinos, o de parte de algunos metros latinos.

Concretamente, el segundo hemistiquio del pentámetro contaría, como rasgo pertinente, la aparición de una sílaba larga en la primera y cuarta sílaba. Pues bien, la realización cada vez más frecuente del pentámetro haciendo aparecer en estas sílabas primera y cuar-

ta, no solamente una sílaba larga, sino también un acento, sería lo que determinaría la conveniencia de que la última palabra fuese disilábica. Es curioso a este respecto el hecho que señala Raven (14): en lo que se refiere al hexámetro, dice, se tiende a que el último pie del verso comience con sílaba acentuada; en el pentámetro es distinto, ya que la sílaba final de la secuencia que cierra el pentámetro no puede llevar acento a menos que sea monosílabo; pero es significativo el hecho, sigue diciendo, de que en la ortodoxa terminación disilábica, los dos anteriores comiencen con sílabas acentuadas, es decir, haciendo coincidir el acento y el *ictus*, mientras que en las terminaciones no ortodoxas se producen distintos conflictos al respecto. Hasta aquí lo que dice Raven. Pero cambiemos los términos, y en lugar de decir que «en la ortodoxa terminación disilábica, los dos pies anteriores comienzan con sílabas acentuadas», digamos que el hecho de que los dos pies anteriores deban realizarse cada vez con más frecuencia coincidiendo el *ictus* y el acento recomienda que la última palabra sea disilábica.

Antes de analizar los hechos en el pentámetro latino, notemos lo que ocurre en las imitaciones castellanas de los pentámetros clásicos, al menos en aquellas más perfectas. Lo que en ellas pueda ocurrir, desde el punto de vista de la terminación y de la posible influencia del acento en ella, ha de ser tenido en consideración, por cuanto, en castellano, no se puede dudar de que el acento es un elemento rítmico, y no redundante, sino pertinente. Y en estas imitaciones sucede que el pentámetro también termina en bisílabo.

Alberto Lista, maestro de grandes poetas, acertó a componer dísticos de los más perfectos que existen en la lengua española. Helos aquí:

LA TARDE

Ya el rayo declina, ya Febo el último otero
con lumbre plácida / desde el ocaso dora.
Céfiro, dejando alegre la apacible floresta,
árbitro de mayo, / por la pradera ríe.
Al laurel agita, el árbol sacro a Minerva,
y a tí, del margen / verde corona, tilo. (15)

Y continúan otros dísticos, en los que el pentámetro termina siempre en bisílabos.

Los dísticos de Baltasar del Alcázar son de las primeras imitaciones en castellano del ritmo latino y también de las más perfectas. E igualmente en ellos, el pentámetro termina en disílabo:

En tanto que el tierno hijo de la diosa ciprina
de silvestre ramo / coge la blanca rosa,
descuidado el niño, con codicia grande picóle
una aguda espina / la delicada mano.
Viéndose herido, corre a su bellísima madre
y bañado en lágrimas, / muéstrale la herida.

La madre, con risa, besando al regalado hijuelo,
le dijo: «No llores, / hijo, no es esto nada.
Más duro castigo pudo sudelle a la mano
que en el mundo tiene / tantos agravios hechos. (16)

Como vemos, en estas imitaciones los pentámetros terminan en bilílabos. Ahora bien, caben al respecto dos posibilidades: ¿Hacen terminar estos poetas sus pentámetros en bilílabos por mera imitación de los pentámetros latinos, que lo hacían así normalmente, según hemos visto? Si es así, de nada nos sirve el haberlos aducido, por cuanto se trataría de una imitación puramente formal, en la que no influiría para nada el acento y la colocación del mismo en determinado lugar. Pero cabe otra posibilidad: ¿Solamente intentan estos poetas castellanos que el elemento rítmico diferenciador, el acento, esté en la primera y cuarta sílaba del segundo hemistiquio del pentámetro, tal como estaba en el pentámetro latino, y ello es lo que determina, pero sin que esto se busque expresamente, que la última palabra sea bilílabo? Si se puede demostrar esto, no habría duda entonces de que es la colocación del acento —máxime en castellano donde el elemento rítmico pertinente es éste— la que determina que la última palabra tenga un determinado número de sílabas.

No vamos a hacer un análisis de las posibilidades combinatorias en castellano, pero lo que sí parece de sentido común es que, partiendo del principio de que el segundo hemistiquio del pentámetro consta de 7 sílabas, será mucho más fácil hacer combinaciones que cumplan el requisito de llevar acento en la primera y cuarta, si hacemos la última palabra disílaba y dejamos las otras cinco sílabas para esas combinaciones, que si ponemos al final un trisílabo o cuadrisílabo, dejando sólo cuatro o tres elementos combinables.

Por lo demás, en castellano se han hecho otras imitaciones del pentámetro latino que no son tan perfectas como las anteriores, y en las que el acento no cae en la primera y cuarta sílaba del segundo hemistiquio y el verso no termina en disílabo. Veamos éstos de Díez-Canedo, citados también por Huidobro (17):

FANTASIA NOCTURNA

Estrellada la noche. Negrura, silencio en la tierra.
Que se ha dormido la tierra se diría;
y el cielo inmerable, velando el dormir de la tierra,
tranquilamente su pabellón descoge.
Vigilia inquieta, rica de sueños y de fantasías.
En las alturas, charlando las estrellas.

En estos versos de Díez-Canedo, señala Huidobro, el pentámetro no es perfecto, porque éste casi siempre termina en latín en palabra disílaba, y en Canedo termina casi siempre en trisílaba. Ahora bien, nosotros podemos sumar además que no son perfectos tampoco, porque el elemento rítmico relevante, que es la aparición del

acento en la primera y cuarta sílabas del segundo hemistiquio, no se da. Es decir, son imperfectos por dos razones:

- a) porque no aparece el acento en el lugar donde en latín había una larga.
- b) porque no termina en bisílabo.

¿Quiere ello decir que por no buscar lo primero no ocurre lo segundo? Es posible; de hecho, los dos fenómenos se suelen dar juntos: las imitaciones castellanas que buscan lo primero, se encuentran con lo segundo y las imitaciones imperfectas no consiguen ni una cosa ni otra.

Por lo demás, si lo segundo es expresamente buscado y conseguido en las imitaciones perfectas castellanas, ello no querría decir sino que estos poetas han tomado como elemento esencial de la estructura del metro, algo que sólo pertenecía al plano de la realización, y que la confusión sólo es imputable a la frecuencia con que aparecía en dicho plano.

Pasamos al pentámetro latino. Para comprobar si es la concordancia de *ictus*, como elemento relevante, y de acento, como redundante, en las sílabas primera y cuarta del segundo hemistiquio del pentámetro, lo que determina que la última palabra sea bisílabo, se hace necesario analizar las posibilidades combinatorias de palabras en este segundo hemistiquio. Hay que tener en cuenta en primer lugar a este respecto que este segundo hemistiquio tiene necesariamente siete sílabas. De ellas, las cuatro primeras, si queremos que coincidan acento e *ictus*, deben realizarse con acento en la primera y cuarta sílabas. Ello excluye, si no necesariamente, al menos sí por conveniencias de realización, los siguientes finales:

A) Un final trisílabo.

Si la última palabra es trisílabo, las posibilidades combinatorias de las otras cuatro serían éstas:

1.—Una palabra de cuatro sílabas:

óooó ooo

Esta posibilidad no es viable en el pentámetro latino, si se quiere que el acento vaya en la cuarta sílaba, por cuanto en latín no hay agudas.

De hecho Propercio y Tibulo, cuando utilizan —las pocas veces que lo hacen— un final trisilábico casi nunca recurren a un esquema de este tipo (18).

2.—Dos palabras. Se pueden dar estos casos:

a) Que esas dos palabras sean de una y de tres sílabas:

ó ooó ooo

Tampoco es viable por la misma razón: la segunda palabra tendría que ser aguda. Y Propercio y Tibulo en ninguna ocasión recurren a este esquema en sus escasos finales trisilábicos.

b) Dos palabras de dos sílabas cada una:

óo oó ooo

Teóricamente tampoco es viable por el mismo motivo: la segunda palabra tendría que ser aguda y yámbica.

Sin embargo, Propercio y Tibulo, cuando utilizan el final trisilábico, es a este esquema, conjuntamente con el siguiente, al que más recurren (19). ¿Cómo explicar esta tendencia a colocar una palabra yámbica ante el ocasional trisílabo final, si, según hemos dicho, esta solución no es compatible con la coincidencia entre *ictus* y acento? Es evidente que el primer acento del hemistiquio coincide con el *ictus* (férre potest pluvias), pero no el segundo (férre pótest pluvias). La única posible explicación podría estar en la consideración del ya viejo problema de la acentuación de las palabras yámbicas en determinados lugares del metro. La idea de que una sílaba breve acentuada es algo «incompleto» se encuentra ya en explicaciones de Sonnenschein (20) sobre formas como *cáve*. La acentuación disilábica es, por lo demás, algo que no es totalmente desconocido. Allen (21), por ejemplo, aboga en algunos casos por ella; hay, dice, algunos indicios en lenguas modernas de que el modelo de una acentuación disilábica no es fonéticamente irrealizable en latín. Y Drexler (22) concretamente ha sugerido que las palabras yámbicas, en determinadas posiciones, tienden —sólo como tendencia y no como regla— a una acentuación en la sílaba final. Una de estas posiciones sería, según Allen (23), el final del pentámetro donde el esquema sS es preferible, por su acentuación oô, al tipo ss, que, de ir acentuado, sólo lo podrían hacer ôô (*). No nos atrevemos a afirmar que este esquema acentual de las palabras yámbicas en determinadas posiciones sea la causa de la preferencia por el tipo óo oó ooo en el segundo hemistiquio del pentámetro, siempre que utilizan final trisilábico, claro está por parte de Tibulo y Propercio. De todas formas la tendencia está ahí y la explicación para otras posiciones también.

c) Dos palabras de 3 y 1 sílabas respectivamente:

óoo ó ooo

Es la única combinación, con final trisilábico y dos palabras anteriores, que es compatible con la coincidencia de *ictus* y acento, aunque hay que jugar ya con un monosílabo.

Es, juntamente con el anterior, según hemos dicho, el esquema preferido por Tibulo y Propercio, cuando recurren al final trisílabo.

3.—Tres palabras. Se pueden dar estos casos:

a) Tres palabras de 1, 1 y 2 sílabas respectivamente:

ó o oó ooo

No es compatible con la coincidencia de *ictus* y acento, porque en tercer lugar necesitaríamos una palabra disílaba aguda, y por otra parte habría que jugar con dos monosílabos seguidos.

(*) La s indica «sílaba breve» y la S «sílaba larga».

De hecho Propercio y Tibulo no recurren nunca a este esquema.

b) Tres palabras de 1, 2 y 1 sílabas:

ó oo ó ooo

Es compatible, aunque se necesita jugar con dos monosílabos. Y de hecho, lo mismo que A 2 c), aunque con mucha menos frecuencia, puede encontrarse en Tibulo y Propercio (24).

c) tres palabras de 2, 1 y 1 sílabas respectivamente:

óo o ó ooo

Es también compatible aunque ofrece las mismas dificultades que el caso anterior.

4.—Cuatro palabras. Sólo se puede dar este caso:

ó o o ó ooo

Es posible, aunque se tendrían que dar cuatro monosílabos seguidos, combinación no muy corriente en la lengua.

Las posibilidades, pues, de hace coincidir acento e **ictus**, cuando la última palabra es trisílaba son muy pocas, y esas pocas exigen el uso de monosílabos.

B) Un final cuadrisílabo.

Las posibilidades de reparto de las otras tres sílabas serían éstas:

1.—Una palabra de tres sílabas:

óoo óooo

Se necesitaría que la primera fuese esdrújula y que la segunda tuviese acento secundario en la primera sílaba. Pero no es imposible, a pesar de las dificultades que suponga la presunción de un acento secundario en la primera sílaba de la última palabra.

De hecho Tibulo, de 28 finales cuadrisílabos que ofrece en toda su obra, en 16 ocasiones recurre a este esquema. En Propercio, la proporción es más favorable a este esquema: de 153 pentámetros con final cuadrisílabo, 123 casos responden al mismo.

Dos ejemplos serían éstos:

spernite fictilibus (TIB., I, 1, 38).

ducere carminibus (PROP., I, 1, 24).

Tanto en **fictilibus** como en **carminibus** se puede suponer un acento secundario inicial en la primera sílaba, tal como hace Allen (25) para **deterius**, que responde al mismo esquema. Fonéticamente **deterius** sería (déetérius), con dos matrices acentuales (26), una monosilábica, —dê—, y otra disilábica, —téri—. Si suponemos esto, habría coincidencia de **ictus** y acento también en la cuarta sílaba. Ahora bien, se trataría de un acento si es que existía, secundario y de muy poco relieve ya, como para hacer una función de ayuda al elemento rítmico pertinente: la cantidad.

2.—Dos palabras de 1 y 2 sílabas respectivamente:

ó oo óooo

Ofrece las mismas dificultades que el tipo anterior, aunque los poetas recurren mucho menos a éste que a aquél, quizá porque un monosílabo inicial realza menos la posición del acento que una palabra esdrújula.

3.—Tres palabras, que tendrían que ser monosílabos:

ó o o óooo

C) Un final de cinco sílabas.

Las posibilidades de combinación de las otras dos sílabas podrían ser:

1.—Un disílabo:

óo oóooo

En este caso nunca se puede hacer coincidir acento e *ictus*. El esquema métrico de una palabra de 5 sílabas en esta posición del pentámetro necesariamente ha de ser sSsss, con lo que, de acuerdo con las reglas del acento en latín, éste ha de ir en la segunda breve, y también, si se quiere un secundario, en la primera, pero nunca en la larga.

De hecho, Propercio y Tibulo, entre sus finales no ortodoxos, casi nunca recurren a éste. Cuatro veces Tibulo, entre 58 finales no disílabos.

2.—Dos monosílabos:

ó o oóooo

Tampoco se puede hacer coincidir acento e *ictus* por la misma razón que en caso anterior.

Sin embargo, si el final es disilábico, las posibilidades de combinación de las otras cinco sílabas son mucho mayores, aunque la combinación más frecuente es la de dos palabras de 2 y 3 sílabas, combinadas en este orden o en el contrario. Así por ejemplo, en los 200 primeros pentámetros del *Ars Amandi* de Ovidio se puede comprobar la siguiente distribución precediendo al disílabo final:

— una palabra de 5 sílabas	23 veces
— dos palabras de 2 y 3 sílabas	125 »
— dos palabras de 1 y 4 sílabas	1 »
— tres palabras de 1, 2 y 2 sílabas	39 »
— tres palabras de 2, 1 y 2 sílabas	10 »
— tres palabras de 1, 1 y 3 sílabas	1 »
— cuatro palabras de 1, 1, 1, y 2 sílabas ...	1 »

Como vemos, los casos menos frecuentes son aquellos en que se combinan monosílabos, que eran las únicas posibilidades abiertas a los finales trisílabos (A, 3, b; A, 3, c; A, 4) y cuatrísílabos (B, 3). Por lo demás no aparece nunca un monosílabo en posición in-

mediatamente anterior a la palabra final, que era también otra de las posibilidades abiertas a los finales trisílabos (A, 2, c; A, 3, b; A, 3, c; A, 4), cuadr sílabos (B, 2, b; B,3) y pentasílabos (C,2).

La tendencia, pues, a realizar la estructura métrica del segundo miembro del pentámetro de forma que coincidan *ictus* y acento en los dos primeros pies es quizá la que determine la exigencia, o al menos la conveniencia, de un final disilábico. De hecho, cuando Propercio y Tibulo recurren —las pocas veces que lo hacen— a finales no disílabos, buscan, como hemos visto, alguna de las combinaciones anteriores que son viables y compatibles con una coincidencia de acento e *ictus*, aunque haya de suponer determinados esquemas acentuales, quizá poco claros en algunos casos.

De acuerdo con ello, el hecho de que Ovidio utilice casi siempre el final ortodoxo y otros cultivadores del pentámetro no lo hagan tanto, puede muy bien ser achacable a hechos de estilo. Vamos a analizar a este respecto los hechos en Propercio y Catulo, que son los que más se salen de la norma.

Sabido es, y todo el mundo lo ha visto, que Propercio utiliza finales no disilábicos con mucha más frecuencia en el libro I y en algunos poemas del libro II que en el resto de su obra. Ahora bien, a este respecto conviene tener en cuenta dos cosas: en primer lugar los pocos casos en que aparecen trisílabos y cuadr sílabos en los libros III y IV y en segundo lugar que en los libros I y II el reparto de los finales no ortodoxos no se da por igual en todos los poemas.

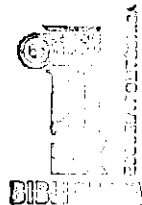
En lo que se refiere a los finales no bisílabos del libro III la proporción es ésta: de 494 pentámetros solamente 12 no son bisílabos; concretamente el 2'4%. Y de esos 12 no ortodoxos, hay 7 que son precisamente nombres propios griegos o transcripción fonética de algún término griego:

sis memor Ionio (III, 11, 72)
filia Lampetie (III, 12, 30)
hec pia Penelope (III, 12, 24)
lucida per calathos (III, 13, 30)
tot bona gymnasii (III, 14, 2)
vulnera pancratis (III, 14, 8)
inter ephemeridas (III, 23, 20)

De los otros cinco, hay un final que se repite 3 veces, *historiae* (III, 4, 10; 20, 28; 22, 20). La proporción, pues, es muy favorable a los términos griegos.

En el libro IV la proporción es ésta: de 473 pentámetros, sólo 8 no son bisílabos; es decir, el 1'6 %. Y de estos 8 hay uno mismo (*sat est*) que se repite dos veces, y que casi convenía no considerar por cuanto puede ser interpretado, desde un punto de vista acentual, como un bisílabo. De los 6 restantes, también en dos casos se trata de vocablos griegos:

patria Callimachi! (IV, 1, 64)
cogeret Antínoo (IV, 5, 8)



¿Podría pensarse entonces que es precisamente la utilización del término griego lo que determina que el poeta sea estilísticamente consciente a la hora de no recurrir al final bisílabo que ha sido una conquista del pentámetro latino frente al griego? Es muy posible; al menos el número de finales con vocablos griegos inducen a pensar así. Entonces, ello sería imputable única y exclusivamente a la voluntad estilística del autor, que en ese momento concreto recurre a una realización de la estructura métrica del pentámetro distinta de la que era ya casi normal en la lengua latina.

En lo que se refiere a los finales disilábicos de los libros I y II no están igualmente repartidos, según ya hemos apuntado. Comencemos por el libro I. En éste el % de pentámetros no acabados en bisílabos en cada una de las composiciones es el siguiente:

Poema	n.º de pentámetros	% no disilábicos
1	19	36%
2	16	50%
3	23	60%
4	14	21%
5	16	10%
6	18	38%
7	13	30%
8	23	21%
9	17	5%
10	15	13%
11	15	40%
12	10	30%
13	18	5%
14	12	58%
15	21	66%
16	24	75%
17	14	21%
18	16	25%
19	13	7%
20	26	53%

(Prescindimos de los decimales y de los poemas 21 y 22, por cuanto el número de pentámetros en éstos, sólo 5, es tan eximio que no permite grandes conclusiones).

Es evidente que hay una sensible diferencia de unos poemas a otros: desde un 75% en el 16 hasta un 5% en 9 y 13. Pues bien, si analizamos aquellos poemas que mayor porcentaje de finales no disilábicos presentan, comprobamos que suelen ser reelaboración o imitación de algún tema griego o de algún tema ya tratado por Catulo. El poema 3, por ejemplo, que ofrece un 60% de finales no ortodoxos, es una reelaboración, en estilo elegíaco, de motivos de epigramas griegos (27), con un comienzo, por lo demás, que es una clara imitación del estilo de Hesíodo (28). La elegía 16, que es la que mayor porcentaje de finales no disilábicos presenta (75%), trata de

un tema tradicional, el de la puerta, que toma su inspiración en Catulo, 67: se trata de una imitación catuliana (29).

Por lo demás abundan también, si no en un porcentaje excesivamente elevado, sí bastante considerable, los términos griegos en estos finales no ortodoxos del libro I: 15 términos griegos sobre 131 finales no disilábicos.

Pero el porcentaje mayor está en favor, en lo que a términos se refiere, de aquellos que aluden de alguna forma a la traición de Cynthia, a su poco interés por el poeta, términos todos de significado moral o sentimental. En el poema 15, por ejemplo, que es otro de los que mayor porcentaje de finales no disilábicos ofrece, nos encontramos con que los vocablos finales son: **perfidia** (v. 2), **desidia** (v. 6), **perfidia est** (v. 34), **nequitiae** (v. 38), **blanditiis** (v. 42); o bien otros que si bien no tienen el significado que los anteriores, se encuentran en contextos que reflejan ese mismo dolor del poeta por su situación amorosa: **desertis olim fleverat aequoribus** (v. 10), **delebat / illa tamen, longae conscia laetitiae** (v. 14), **vacuo constitit in thalamo** (v. 18), **uti fieres nobilis historia** (v. 24), etc. En I, 16 encontramos también finales como **pudicitiae** (v. 2), **supplicibus** (v. 4), **luxuria** (v. 12), **tristior excubiis** (v. 14), **blanditia** (v. 16), **lacrimis** (v. 32). Se podría decir que en todos estos casos la fuerza expresiva de la palabra puede más que la tendencia métrica del pentámetro.

Estos ejemplos que acabamos de aducir y el hecho de que no en todas las elegías recurra Propercio de igual manera a finales no disilábicos parecen indicar que es una voluntad estilística determinada, la imitación o el intento de reflejar una situación caótica en sus relaciones amorosas, lo que determina esta realización del pentámetro.

Sin embargo, aquellos que presentan casi todos sus finales en bisílabo son precisamente los poemas más originales, más profundamente elaborados, en los que el artista está por encima del hombre: así en I, 19 (30), I, 13 (31).

En lo que se refiere al libro II, las diferencias entre las elegías con final bisílabo y las que presentan final no ortodoxo están más marcadas: los poemas 4, 8, 11, 12, 13, 17, 21, 24 y 27 ofrecen todos los finales disilábicos; otros como 2, 3, 5, 7, 9, 10, 14, 15, 18, 22, 23, 25, 26, 28, 30 y 31 presentan, como máximo, uno o dos finales no disilábicos. Solamente 1, 6, 20 y 34 son los que más se salen de la norma, aunque sin llegar a los porcentajes que en el libro I. En II, 1, son siete los pentámetros, de entre 39, los que no terminan en disílabo; y de esos 7, 5 lo hacen precisamente en términos griegos:

condimus Iliadas (v. 14)
ille Menoetiaden (v. 38)
pectore Callimachus (v. 40)
non probat Iliada (v. 50)
lumina Phillyrides (v. 60)

En II, 6, de 5 finales no normales, dos son también términos griegos:



lusit Erichtonius (v. 4)
pocula Pirithoum (v. 18)

La misma proporción en II, 20:

tristius Andromacha? (v. 2)
defluit a Sipylo (v. 8)

II, 34 es el poema del libro II que mayor número de finales no ortodoxos ofrece: 13 de 47 pentámetros. Hay que señalar, en primer lugar, que de esos trece, hay cuatro que son términos griegos:

somnia Callimachi (v. 32)
nascitur Iliade (v. 66)
inter Hamadryadas (v. 76)
notior est Helena (v. 88)

Por lo demás la clave de esta mayor proporción de finales no ortodoxos quizá haya que buscarla también en la idea expresada en los versos 87-94; en ellos expresa claramente el poeta que él está haciendo lo mismo que hicieron Catulo, Calvo y Gallo. A este respecto dice Williams: «Here Propertius is clearly placing the interpretation which he wants on Catullus, and that is highly significant for estimating the poetical intention of Propertius himself» (32). Ya hemos visto antes, por lo demás, cómo en algún otro poema, la imitación de Catulo puede ser determinante en algún caso de realizaciones estilísticas del pentámetro semejantes a las de los neotéricos, al menos en lo que al final disilábico se refiere.

El libro II, pues, permite pensar en las mismas conclusiones que el I.

Y pasamos a Catulo. También en este caso parece justo sospechar que la no utilización regular de finales disilábicos en el pentámetro no se debe a una imperfección, sino a distinta realización del mismo que debe ser valorada desde un punto de vista diacrónico y también estilístico.

Sobre la imperfección de Catulo se ha hablado bastante. Ya dábamos más arriba algunas opiniones al respecto. Sin embargo, juicios posteriores, como el de Sedwick (33), el de West (34) y el de Duhigg (35), por no citar nada más que algunos, han cambiado ya la orientación del juicio. La intención del artículo de West es mostrar que en muchos detalles el metro elegíaco de Catulo se parecía al de los poetas augústeos, argumentando además que «some of the points in which Catullus differs from the Augustans are signs not of incompetence or indifference but of a deliberate adjustment of metre to content» (36). Duhigg, recurriendo a la estadística, trata de demostrar más o menos esto mismo; en los pentámetros de los poemas 65-116 la proporción de finales disilábicos es de 39%, las terminaciones cuadrísílabas y trisílabas alcanzan casi el 30% y el 26% respectivamente. Si se analizan las elegías y los epigramas por separado, muy poca diferencia se puede encontrar entre ambos grupos, ya que las terminaciones no disilábicas están casi igualmente

repartidas entre ellos. Hay, sin embargo, considerable diferencia entre unos poemas y otros; el poema 66, por ejemplo, más de la mitad de los pentámetros tienen final cuadrisílabo, lo cual parece indicar el carácter griego del poema, visible por lo demás en otras peculiaridades métricas. Otros poemas, por su parte, ofrecen mayor porcentaje de finales disilábicos; sobre todo los epigramas cortos, al menos algunos de ellos, donde es evidente el **Italum acetum**; así en el 69, epigrama hiriente contra Rufo, hay tres pentámetros con final disílabo y dos con final trisílabo; en el 70, donde se ataca la veleidat de la mujer, hay dos pentámetros y los dos terminan con una palabra de dos sílabas; el 71, también hiriente contra Metelo o contra Rufo, aparecen dos bisílabos y un trisílabo; en el 73, en el que arremte contra la ingratitud, son dos bisílabos frente a un trisílabo; en el original poema 76, el diálogo con su Genio, de 13 pentámetros, 8 son bisílabos; en el 80, contra Celio, los 4 pentámetros terminan con el ortodoxo final de 2 sílabas. Hay otros epigramas dirigidos contra Celio: así del 88 al 91, y es curioso que de estos cuatro, el 89 y el 91 presenten casi todos sus finales de pentámetro en bisílabos, mientras que el 88 y 90 no tienen ni un solo final de esta forma. El 88 ya le llamó la atención a Ross (37) a propósito de la introducción en él de nombres propios como **Tethys, Nympharum, Oceanus**, que permiten considerar al poema «as an experiment in the epigrams... the total effect of the lines is epic and elevated». Se sale, pues, del estilo hiriente y bajo de los poemas 89 y 91. El mismo tono que en 88 parece buscarse en 90, donde términos como **nefandum, Persicum aruspicium, Persarum impla religio** dan la misma impresión.

No parece, pues, tratarse de indiferencia por parte de Catulo al utilizar un final de pentámetro u otro, sino de una deliberada búsqueda estilística. Por supuesto que en él abundan mucho más los finales no ortodoxos que en los elegíacos augústeos, pero ello puede ser explicado perfectamente desde un punto de vista diacrónico si tenemos en cuenta lo que ya señalábamos más arriba: que el final disilábico del pentámetro no es algo que pertenezca a la estructura métrica de este metro, sino un hecho de realización, determinado por la mayor o menor concurrencia de un elemento rítmico redundante, el acento, en esa realización. Y quizá precisamente por ocurrir cada vez con más frecuencia este elemento rítmico redundante en distintas realizaciones, a medida que pasa el tiempo se le va inconscientemente considerando casi como un elemento rítmico pertinente; esto no es extraño en una poesía como la augústea donde la búsqueda de la perfección formal es uno de los postulados más sagrados.

Los poetas elegíacos posteriores a Catulo lo que han hecho ha sido precisamente regularizar, tanto en el tema que estamos tratando, como en lo que se refiere por ejemplo a la elisión en cesura, a la que recurre Catulo con más frecuencia que los augústeos (recordemos a este respecto, como ha señalado Mariner (38) que la cesura es un hecho de métrica verbal, que no exige necesariamen-

te una pausa espiratoria, con lo que quedan perfectamente explicadas, desde un punto de vista estructural, las cesuras en elisión, enclisis y composición) algo que pertenece al plano de la realización.

NOTAS

- (1) Cf. STURTEVANT, E. H., «Accent and ictus in the latin elegiac distich», **TAPhA**, 55, 1924; también, VEREMANS, J., «Evolution historique de la structure verbale du deuxième hémistiche du pentamètre latin», **Hommages à M. Renard**, I, Bruxelles, 1969, pp. 761 ss.
- (2) De los 8 finales irregulares del libro IV sólo hay un trisílabo, **tunicis** (IV,2,38).
- (3) ELLIS, R. **Commentary on Catullus**, Oxford, 1876.
- (4) POSTGATE, J. P., **Select Elegies of Propertius**, Macmillan, 1884.
- (5) AXELSON, B., «Der mechanismus des Ovidischen Pentameterschlusses: eine mikrophilologische causerie», **Ovidiana**, ed. N.I. HERESCU, París, 1958, p. 135.
- (6) CRUSIUS, F., **Iniciación a la métrica latina**, trad. Angel Roda, Barcelona, 1951, p. 69.
- (7) NOUGARET, L., **Traité de métrique latine classique**, París, 1963, p. 58.
- (8) STURTEVANT, E.H., art. cit.
- (9) DREXLER, H., **Einführung in die römische Metrik**, Darmstadt, 1967, pp. 103 ss.
- (10) ALLEN, W. S., **Accent and rhythm. Prosodic features of latin and Greek; A study in theory and reconstruction**, Cambridge, 1973, p. 186-87.
- (11) DUHIGG, J., «The elegiac Metre of Catullus», **Antichthon**, Sydney, 1971, p. 59-60.
- (12) Cf. MARTINET, A., **Elementos de lingüística general**, trad. J. Calonge, Madrid, 1963, pp. 221-223.
- (13) MARINER, S., «Hacia una métrica estructural», **Rev. esp. de Lingüística**, I, 1971, p. 313.
- (14) RAVEN, D.S., **Latin metre**, London, 1965.
- (15) Citado por HUIDOBRO, E., «El ritmo latino en la poesía española», **BRAE**, XL, 1960, p. 99.
- (16) Citado por HUIDOBRO, E., «El ritmo...», p. 99.
- (17) HUIDOBRO, E., «El ritmo...», p. 95.
- (18) Concretamente, Tibulo, de 27 veces que utiliza un final trisilábico, solamente en tres ocasiones presenta este esquema; en el que evidentemente no hay coincidencia entre acento ictus: **blanditias capite** (I,1,72), **imposuit Laribus** (II,1,60) y **servitium dominae** (IV, 13, 22). Y Propercio, de 49 finales trisilábicos, en sólo una ocasión lo hace: **exciderent manibus** (I, 15, 36)
- (19) Ejemplos de Tibulo podrían ser: **ferre potest pluvias** (I, 1,50) **tecta fores sedeat** (II,3,30), que, juntos con otros, forman un total de 19 entre los 27 finales trisilábicos del mismo. De Propercio son: **pressit Amor pedibus** (I,1,4), **sponte sua melius** (I,2,10) más otros 23 ejemplos semejantes de los 49 finales trisilábicos.
- (20) SONNENSCHNEIDER, E. A., «The law of breves breviares in the light of phonetics», **CPh**, 6, 1911, p. 10.
- (21) ALLEN, W. S., op. cit., p. 171.
- (22) DREXLER, H., op. cit., pp. 110 ss.
- (23) ALLEN, W.S., op. cit., p. 187.
- (24) De Tibulo es **sit procul a Venere** (I, 10,66), **me duce se comitem** (III, 6,10); y de Propercio: **hunc super et Calais** (I,20, 26), **cum fuit in tunica** (II,29,26).
- (25) ALLEN, W.S., op. cit., p. 189.
- (26) Cf. su hipótesis de la matriz acentual, p. 177.

- (27) Cf. **Anth. Pal.** V. 274.
- (28) Cf. CAPAIULO, F. **Tra poesia e poetica**, Napoli, 1966, p. 233.
- (29) Cf. WILLIAMS, G. **Tradition and originality in roman poetry**, Oxford, 1968, p. 547.
- (30) Cf. WILLIAMS, G., **op. cit.**, pp. 766 ss.
- (31) *Ibid.*, p. 524 ss.
- (32) WILLIAMS, G., **op. cit.**, p. 487.
- (33) SEDWICK, W. B., **Mnemosyne**, III, 1950, 64-69.
- (34) WEST, D. A., **Classical Quartely**, VII, 1957, 98-102.
- (35) DUHIGG, J., **art. cit.**
- (36) Citado por DUHIGG, J., **art. cit.**, p. 57.
- (37) ROSS, D.O. Jr., **Style and tradition in Catullus**, Cambridge, 1909, p. 103.
- (38) MARINER, S., «Hacia una métrica estructural», **RSEL** I, 1971, p. 314 ss.